

DON CARLOS Y DON RAMÓN
O
LA JUBILOSA JUBILACIÓN

Ramón Carande Thovar, Catedrático, Académico de número de la Real Academia de la Historia, historiador de la Economía española, está casado con María Rosa de la Torre Millares. Con motivo de su jubilación como catedrático, la Sociedad de Estudios y Publicaciones, de Madrid, le dedicó un homenaje consistente en la publicación de dos volúmenes de diversos trabajos, nacionales y extranjeros. Entre estos trabajos figura el diálogo que a continuación publicamos, original de Claudio de la Torre, en el que se hace referencia personal al homenajeado, el más importante biógrafo de Carlos V y sus banqueros, título de la obra capital de Carande.

Estrenado con el siguiente

REPARTO

DON CARLOS . . . Ramón Carande de la Torre
DON RAMÓN . . . Bernardo Víctor Carande de la Torre

La acción en Sevilla, el 4 de mayo de 1957, al atardecer.

ESCENA ÚNICA

Despacho de DON RAMÓN CARANDE THOVAR, en Sevilla.

DON RAMÓN *lee con la última luz de una tarde de primavera. Llaman a la puerta.*

DON RAMÓN.—*(Sin dejar de leer). Adelante. (Vuelven a llamar). ¡Adelante! (Una pausa. Levanta los ojos del libro, impaciente). ¡He dicho que pasen!*

(La puerta se abre lentamente y entra en el despacho el EMPERADOR CARLOS V. Viste a la moda de hoy. Traje oscuro, sobrio, un tanto amplio. Sólo el rostro y la barba rubia recuerdan el retrato del Tiziano).

DON CARLOS.—*(Entrando)*. Buenas tardes.

DON RAMÓN.—*(Incorporándose, sorprendido)*. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Es posible?

DON CARLOS.—¿Me reconoce?

DON RAMÓN.—*(Inclinándose)*. ¡Señor...!

DON CARLOS.—Veo que es usted un buen aficionado a la pintura. Irá con frecuencia al Museo del Prado.

DON RAMÓN.—Siempre que estoy en Madrid.

DON CARLOS.—He venido a pie, por las calles, y nadie, en cambio, me ha reconocido.

DON RAMÓN.—*(A manera de excusa)*. En Sevilla, ya se sabe... Yo vivo aquí hace más de treinta años y pocas personas han llegado a conocerme. De todos modos, es imperdonable.

DON CARLOS.—¡Curioso! ¡Treinta años! Casi una vida.

DON RAMÓN.—*(Suavemente)*. No tanto.

DON CARLOS.—Yo me sentía tan viejo a los cincuenta que me metí en el monasterio. Por cierto, va usted con frecuencia por Extremadura...

DON RAMÓN.—A Badajoz. Allí nació mi madre, tenemos unas tierras...

DON CARLOS.—Lo sé, lo sé...

DON RAMÓN.—*(Con asombro)*. ¿Lo sabía vuestra majestad?

DON CARLOS.—Yo sé muchas cosas de usted, no tantas como las que usted sabe de mí. Pero algunas, algunas... Hoy, por ejemplo, sé que es su cumpleaños. Por eso he venido a verle.

DON RAMÓN.—*(Emocionado)*. ¡Señor...!

DON CARLOS.—¡Qué menos puedo hacer! Su libro es para mí un gran consuelo. En él he aprendido a conocerme y a conocer mejor mi época. Lo tengo a la cabecera de la cama y lo leo cada noche. Pesa mucho. Pero más pesaban todas las coronas que tuve que soportar. ¿Se acuerda usted de Aquisgrán?

DON RAMÓN.—Si, señor.

- DON CARLOS.—Si no llega a ser por aquel condenado fraile, me hubieran pesado menos. (*Tratando de recordar*). Se llamaba aquel fraile..., ¿cómo se llamaba?
- DON RAMÓN.—Martin Lutero.
- DON CARLOS.—Exacto. ¡El muy indecente! Se casó con una monja. Pero, en fin, no he venido aquí para quejarme, sino para felicitarle. ¿Cuántos años?
- DON RAMÓN.—Setenta, señor.
- DON CARLOS.—No cabe duda: el mundo ha envejecido, pero los hombres son ahora mucho más jóvenes. Sé que tiene usted dos hijos, Ramón y Bernardo, y puede que algún día sean también mis amigos. Ramón tiene un color de pelo muy parecido al mío. Con una barba podría encarnar mi figura bastante bien.
- DON RAMÓN.—Eso es lo que está haciendo, señor.
- DON CARLOS.—Yo tuve tres hijos. Legítimos, se entiende. No crea usted que me olvido de Don Juan.
- DON RAMÓN.—Don Juan es inolvidable.
- DON CARLOS.—*Muy contento*). ¿Verdad que sí? Yo siempre sentí por él una gran predilección. Puede que en el fondo fuera que no me olvidaba de su madre. Porque yo siempre quise mucho al pueblo, aunque otra cosa se pensara en Valladolid.
- DON RAMÓN.—No hay que hacer caso de lo que se piensa en Valladolid.
- DON CARLOS.—Me gusta más La Coruña. Allí las Cortes me dieron todo el dinero que necesitaba. No hay como los gallegos para gastarse el dinero en soldados.
- DON RAMÓN.—Es una tradición gloriosa.
- DON CARLOS.—Y dígame, ¿qué va usted a hacer ahora, al cumplir los setenta años?
- DON RAMÓN.—Seguir viviendo, señor, si Dios quiere.
- DON CARLOS.—Es lo mejor: vivir. Se lo escribí muchas veces a Felipe, pero él no me hacía caso. Prefería enterrarse en vida. ¡Claro que yo le di muy mal ejemplo con lo de Yuste!
- DON RAMÓN.—Hace poco visitamos el monasterio. Daban ganas de quedarse.
- DON CARLOS.—Gracias. Es usted muy amable. Los españoles fueron siempre gente muy amable.
- DON RAMÓN.—Han cambiado un poco.

- DON CARLOS.—Es posible. Yo no les conocí bien en mi tiempo porque... ¡como entendía tan mal el castellano...!
- DON RAMÓN.—Pero ahora lo habla vuestra majestad a la perfección.
- DON CARLOS.—Llevo cuatro siglos en España, hijo mío.
- DON RAMÓN.—Es verdad.
- DON CARLOS.—¡El tiempo! Fue mi peor enemigo. Quería estar en todas partes y llegaba siempre tarde. Claro está que alguna vez fui muy puntual: en Mühlberg, por ejemplo.
- DON RAMÓN.—Gran victoria, señor. Su recuerdo aún nos conmueve a todos los buenos católicos.
- DON CARLOS.—Pero en España fue más popular lo de Pavía.
- DON RAMÓN.—Aún se conserva la torre de los Lujanes. Figura en la guía oficial de Madrid.
- DON CARLOS.—Menos mal. Porque a veces he pensado que quizás mi error consistió en querer incorporar a los españoles, que no se han interesado nunca por la Historia, a una tarea universal.
- DON RAMÓN.—¿Y América, señor?
- DON CARLOS.—No me hable de eso, don Ramón. Se lo ruego. Yo sé que hoy se habla de Cortés y de Pizarro más que de mí. Pero aquellos pillos no me mandaron nunca todo el dinero que yo necesitaba.
- DON RAMÓN.—Sin que trate de justificarlo, majestad, lo cierto es que la Historia nos enseña que nunca ha habido bastante dinero para los emperadores.
- DON CARLOS.—Depende de los emperadores. Mi hermano Fernando hubiera sido más modesto.
- DON RAMÓN.—Era muy español.
- DON CARLOS.—No sé. Eso decía el abuelo. Pero él se fue con su españolismo a vivir en la Alemania, y yo, que nací en Gante, preferí Extremadura. Esto me atraía, no sé por qué.
- DON RAMÓN.—España ha sido siempre un viejo misterio.
- DON CARLOS.—Es cierto. Se ve que es usted un poeta. Influencia de su hijo Bernardo, de seguro. Yo decidí dedicar a España toda mi vida, y toda mi muerte, a ver si al fin llegaba a entenderla. Cuestión de paciencia, me decía. Y entonces...

DON RAMÓN.—¿Y entonces...?

DON CARLOS.—Entonces me dediqué a la relojería. Mi pasión por los relojes no fue nunca un mero pasatiempo, sino una disciplina moral. Me curó de todas mis inquietudes. *(Suenan ocho campanadas de reloj)* ¿Lo oye usted? El tiempo me responde al primer conjuro. Son las mismas ocho campanadas de todos los días, de todos los años, de todos los siglos... Son siempre las mismas. El hombre no envejece aunque suenen muchas veces, porque el tiempo no tiene edad. El tiempo es solo uno: el tiempo.

DON RAMÓN.—¿Ha leído vuestra majestad a Einstein?

DON CARLOS.—Siempre me interesé mucho por los judíos alemanes.

DON RAMÓN.—*(Levantándose)*. Perdóneme, señor, pero va cayendo la noche y la habitación está ya muy oscura.

DON CARLOS.—Déjela así. Hablaremos entre las sombras. Me gusta oír el ruido del mundo entre las sombras. Estoy acostumbrado. Soy una sombra más.

(Empieza a oirse, en un piano, el andante de la sonata 14 de Beethoven).

Escuche. Es María Rosa, ¿no? Nadie mejor para recordarnos en este momento que la vida nos rodea. Hasta aquí no nos llegan los ruidos del mundo. Sólo esta música. Pero nada mejor que esta música romántica para explicarnos lo que los ruidos no nos dejan oír: la intimidad del hombre, la dicha soñada, la ilusión de cada día...

(Hay una pausa, que llenan suavemente las notas del piano. DON CARLOS sigue hablando).

De todos los ruidos del mundo, a los que fui tan aficionado, me cansé muy pronto, aunque la gente no lo creyera. Yo también fui un poeta. ¿Sabe usted, don Ramón, que llegué a firmar unas capitulaciones para la conquista de una isla imaginaria? Llegué incluso a nombrarle obispo. María Rosa debe saberlo porque se trataba de una isla canaria, la de San Borondón, o al menos decían los canarios que la veían por aquellas aguas.

DON RAMÓN.—Anotaré, señor, la noticia inédita de las capitulaciones.

DON CARLOS.—No crea usted que me engañaron al hablarme de la dichosa isla. Pero yo fui siempre muy aficionado a todo lo imposible.

(Pausa. Cesa la música del piano).

DON RAMÓN.—Si vuestra majestad lo permitiera, me atrevería a hacerle una pregunta delicada.

DON CARLOS.—Hágame todas las preguntas que quiera, don Ramón. Nadie mejor que usted conoce mis respuestas.

DON RAMÓN.—Aquella tregua, aquel armisticio, diríamos hoy, que pidió vuestra majestad a los protestantes hasta el Concilio de Trento... ¿Fue un acto político o una momentánea inclinación a la tolerancia?

DON CARLOS.—No, yo no contaba con los jesuitas. Eran muy jóvenes, entonces. Fue un acto político, pero de otra clase. Yo soñaba con la unidad de Europa, como usted sabe. Lo del Imperio Universal era una tontería. Y yo estaba completamente convencido de que, sin Roma, no era posible la unidad. En eso me equivoqué, don Ramón. Me cuesta confesarlo, pero usted es mi mejor amigo y no puedo engañarle. Difícilmente los países nórdicos se hubieran sometido nunca totalmente a una institución latina. Son gentes muy distintas, en ideales y en costumbres. Hubiesen caído, de la manera más natural, en una paganía. Gracias a ese monje..., a ese monje del que hablábamos antes... ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

DON RAMÓN.—Lutero.

DON CARLOS.—Gracias a Lutero, preciso es reconocerlo, Europa está hoy unida y no ha salido de la Cristianidad. Tiene, pues, un ideal común.

DON RAMÓN.—¡Qué lástima, señor, que el único amigo arzobispo que yo tenía no se encuentre ya entre nosotros! ¡Con cuánto gusto le hubiera contado nuestra entrevista!

DON CARLOS.—¡Cuidado con los obispos! No he podido olvidarme de Acuña. Y a propósito de Iglesia y de política... Se habla ahora mucho en España de libertad.

DON RAMÓN.—Se ha hablado siempre.

- DON CARLOS.—¿Por qué?
- DON RAMÓN.—El español es pobre. Cree que si fuera más libre sería más rico.
- DON CARLOS.—Sí, en mi tiempo se hablaba mucho de los ducados de oro.
- DON RAMÓN.—Ahora se llaman *dólares*.
- DON CARLOS.—¿Y eso qué es?
- DON RAMÓN.—No se sabe. Pero todo el mundo habla de ellos.
- DON CARLOS.—¡Buena palabra! ¡Sonora! ¡*Dólares!* Me hubiera servido para las germanias. Y puede también que para los comuneros. Porque, en el fondo, todos los movimientos de rebeldía de los países pobres no sirven más que para que Francisco I nos invada.
- DON RAMÓN.—Interpretación económica de la Historia, de más valor en boca de un idealista.
- DON CARLOS.—Gracias, mi querido don Ramón. Yo ya no soy nada. Sólo un hombre cansado y que quiere a sus amigos. Por eso he venido esta tarde a sentarme junto a usted. Hoy es también para mí una fecha importante. Celebro otro aniversario juntamente con el suyo. El año 57 es un nuevo lazo que nos une. Es el de su jubilación, y otro año 57 fue el de la mía, el de mi ingreso en Yuste. Los dos nos retiramos, cada uno a su manera, del quehacer diario. Ahora le quedan a usted muchos años por delante para escribir otros libros. No le pido que todos sean también sobre mí, porque usted sabe que yo no fui nunca ambicioso.
- DON RAMÓN.—Gracias, señor.
- DON CARLOS.—No me las dé. Soy yo el que le debe mucho y no sé cómo corresponderle. En mis tiempos le hubiera podido ofrecer, muy de corazón, un virreinato, una mitra... Pero hoy, siendo sólo una sombra, no puedo ofrecerle más que mis brazos.
- (Don Carlos le tiende los brazos).*
- DON RAMÓN.—*(Abrazando al Emperador, estrechamente).*
¿Y no es bastante, señor?

TELÓN

CLAUDIO DE LA TORRE